ESPAÑA
Barcelona gótica

ISLANDIA
En el verano boreal

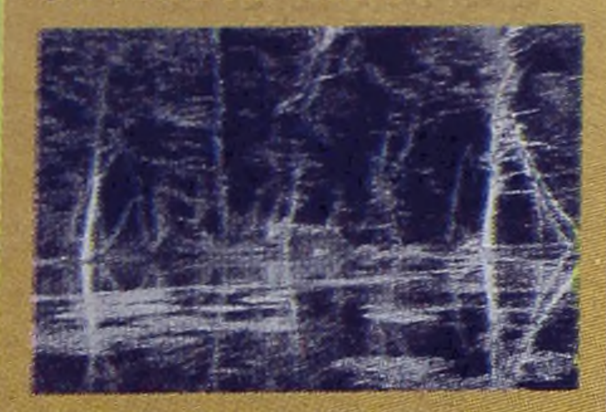
Puna jujeña

Del blanco desierto de las Salinas Grandes al arco iris de las montañas, los colores de un viaje a Purmamarca y Tilcara.

Bernardino Avila

Noticiero

La Patagonia en Nueva York



Patagonia en Blanco y Negro y Gris" es el título de la exposición de fotografías de Diego Ortiz Mugica que se presentará durante el mes de junio en la Stephan Gang Gallery de Manhattan. Las sutiles imágenes de paisajes del sur argentino se expondrán ante el público neoyorquino hasta el 30 de junio. La muestra, que está auspiciada por la Cancillería argentina, la Hostería Los Notros, Kodak Argentina, LanChile y Viajes Verger, seguramente motivará a turistas estadounidenses a conocer la Patagonia.

Discover Argentina

American Express y la Secretaría de Turismo de la Nación anunciaron en forma conjunta en el consulado argentino en Nueva York, una alianza estratégica para la promoción de Argentina como destino turístico para viajeros estadounidenses y lanzaron Discover Argentina, una campaña integral de marketing dirigida a los socios de esa tarjeta en Estados Unidos.

Pilotos protegidos

Assist-Card, la empresa internacional de asistencia a viajeros, también cubrirá la atención médica de las tripulaciones y personal de la aerolínea Varig. Así lo anunció después de firmar el convenio con la empresa aérea brasileña.



Arcos y farolas en un laberinto de pasadizos medievales.

BARCELONA *La ruta gótica*

Al paso catalán

Durante tres días, *Turismo/12* caminó por la famosa ruta gótica de Barcelona y no pudo terminar el recorrido. Siglos de historia en un laberinto de pasadizos y edificios medievales con una maraña de bares y gente que interrumpe cualquier itinerario.

POR MARIANO BLEJMAN
DESDE BARCELONA

Que no!, tío... ¡¡Que no!!... Que no me saque usté una foto seño!....". Pero ya es demasiado tarde. Desde lejos, el contorno oscuro de una mujer que obtiene su limosna de la dádiva turística en la puerta de la Catedral, ha quedado estampada para siempre, para que otros ojos puedan verla, sin que ella lo sepa. La mujer se resiste a ser vista, por algo que no sean los propios ojos de los visitantes que pasean por el Barrio Gótico de Barcelona. Entre paredes de caminos confusos –tanto como la historia misma que encierran sus muros ancestrales– la ruta gótica es un laberinto del cual ni siquiera vale la pena salir. La propuesta: recorrerla para intentar comprenderla.

DIA 1. SIETE CUADRAS El trazado arbitrario por calles de la capital de Cataluña –que las guías insisten en llamar la Ruta Gótica– puede encontrarse en algunos mapas de la ciudad y recorre los edificios más representativos de un pasado presente, junto a recintos amurallados que acompañaron con su crecimiento a la época medieval. Decenas de pasadizos se cruzan entre sí, pero recorrerlos puede ser un ejercicio infructuoso. Con la guía en la mano y la cámara de fotos dispuesta, los primeros pasos cruzan con la casa de la Ciutat y el Palau de la Generalitat. Desde allí, Barcelona llegó a regir su poder sobre un vasto territorio que incluía puntos tan distantes como Sicilia o Atenas. Ahora, un grupo de alemanes se saca fotos en la puerta de ingreso y una mujer vende rosas, mientras un puñado de catalanes habla su idioma en tono fuerte, como si sus gritos resecos quisieran borrar la época en que el generalísimo les prohibió hablar en su idioma natal.

Una cuadra lleva a la otra y así. Los bares brotan de paredes oscuras y ofrecen deliciosas bocatas de jamón y queso. El recorrido sigue por la Carrer del Call. Un pasadizo se abre hacia la derecha por la Carrer dels Cecs y nada parece haber luego del último arco. Sin embargo, detrás está la Plaza Santa María del Pi, con su iglesia, construida en el siglo XIV, y tiene el esquema de una nave con capillas laterales. Conserva parte de las cristaleras góticas y una capilla llamada "revendedores" que poseía un retablo de Jaume y Huguet que ahora está en el Museo de Cataluña. Sobre los escalones de uno de los edificios de la plaza, dos jóvenes de pelos endurecidos por la indiferencia del agua y aros por todo el cuerpo, fuman hachís y saludan en catalán desde lejos, mientras se dejan atrapar por el sol frío de la primavera.

El recorrido cruza la Plaza de las Boquerías y luego atraviesa la Rambla, plagada de artistas callejeros y callejeros que hacen de artistas. Entre ellos, se encuentra Claudio, un argentino que lleva ocho años viviendo de estatua. Su trabajo consiste en pararse frente a los demás de emperador romano y esperar que caigan las monedas turistas. Eso, y sólo eso, es lo que ha hecho para subsistir en Europa y mal no le fue. Se hace tarde y un frío húmedo recorre el viejo río convertido en paseo. Primer desvío. Claudio invita una cerveza en el Harlem Café, cerca de la calle Avyñón, un bar escondido de turistas a unas cuadras de allí y la ruta gótica se esfuma de las intenciones hasta el próximo día. Casi nadie camina de noche por las calles laterales a la Rambla, a excepción de algunos argelinos y marroquíes que han ido haciéndose del barrio como pueden. Los bares, igual, están repletos.

DIA 2. HACIA LA CATEDRAL Esta vez, recomenzar el camino es sencillo. Los últimos pasos dados en La Rambla se continúan hacia El Hospital de la Santa Creu, edificio iniciado en 1401 por el rey Martí I y ampliado en el siglo XVI, con naves góticas, y actualmente es la sede de la Biblioteca. Luego, el camino recto hacia la derecha va hasta la Plaza Nova e ilusiona sobre la posibilidad de terminar el recorrido. Pero la ruta gótica todavía depara sorpresas. Llegar a la Plaza de la Iglesia de Sant Felip Neri es un trabajo aparte. Se siente un mayor afluente de turistas por la zona, lo que indica que la Catedral está cerca. Tiendas de regalos con la imagen deBarcelona estampada en cuanto objeto sea posible de vender se encuentran por esas calles laterales.

–Soñado. Una belleza– se escucha en acento porteño. La acústica de las paredes antiguas es poderosa y en uno de los escalones, un grupo de músicos hacen turno para tocar su canción y recibir sus duros. Entre ellos, se encuentra una pareja de argentinos que vive en Barcelona desde hace un año. Recién llegados, Martín es periodista y hace un doctorado en antropología y Mara, su novia, estu-



Callejuelas entre paredes oscuras donde siempre es posible encontrar un bar.



dia teatro y es moza. Hermosa moza. Los fines de semana hacen su aguinaldo cantando canciones como "Desaparecido", de Rubén Blades, más conocida por la versión de los Fabulosos Cadillacs. Frente a la Catedral, sobre la Pla de la Seu, tres uruguayos de caras pintadas entonan canciones murgueras con ese tono nasal, que sólo a ellos les sale. Murga es la eterna sonrisa, que redobla mi cantar, dicen. Detrás de los redoblantes está el mate que no se acaba.

La Catedral es del siglo XIV, tiene tres naves y un crucero. Sus capillas laterales rodean una cripta dedicada a santa Eulàlia y también está el Claustro, construido entre 1350 y 1448. Los catalanes se tomaban su tiempo: la fachada de la Catedral recién fue proyectada a finales del siglo XIX, siguiendo un modelo gótico de 1408. Y algunos turistas también se toman el suyo: aunque el recorrido aún no ha terminado, ya es hora de una cerveza en la Plaza del "Tripi" o de sentarse en el Bar Bahía donde atiende un argentino que sirve unas copas de vino riojano, pero de La Rioja española.

DIA 3. LA TERCERA ES LA VENCIDA La caminata no corresponde, casi en nada, al paseo turístico propuesto. Demasiado lenta y oblicua es la marcha ahora hacia los palacios de la calle Moncada, luego de pasar por la Carrer Boria y Corders. Un conjunto de palacios de la época gótica se encuentran allí: el palacio de los Cervelló, del siglo XV; el palacio Dalmases del XVII, que conserva una capilla gótica; el palacio de los Marqueses de Lió; el Aguilar, sede del Museu Picasso desde 1963 y el Nadal. Vestigios de un centro comercial del medioevo desde los siglos XIII al XV en cada pincelada de arte gótico, bella pero rebuscada, por cierto, a los ojos pragmáticos del mundo de McDonald's, que tanto desentona en la ciudad.

Ahora sí, la caminata está en la recta final para terminar el recorrido. Nada parece detener el final en un pretendido sendero recto. La iglesia Santa María del Mar es una de las últimas estaciones. Luego vienen, según el mapa claro, la Plaza dels Sants Just I Pastor y el Palacio Real Major. Y a la vista, una maraña de bares, música y gente que detiene cualquier trayecto posible. El tercer desvío se produce cuando el mapa se pierde en algún bolsillo agujereado y no hay forma de volver a tomar la ruta que va directo al pasado y desemboca en el mar, sobre un muelle de yates ociosos. ¡Qué va! En tal caso, el círculo no ha sido cerrado y la ciudad siempre puede dar un cuarto día para terminar el recorrido.



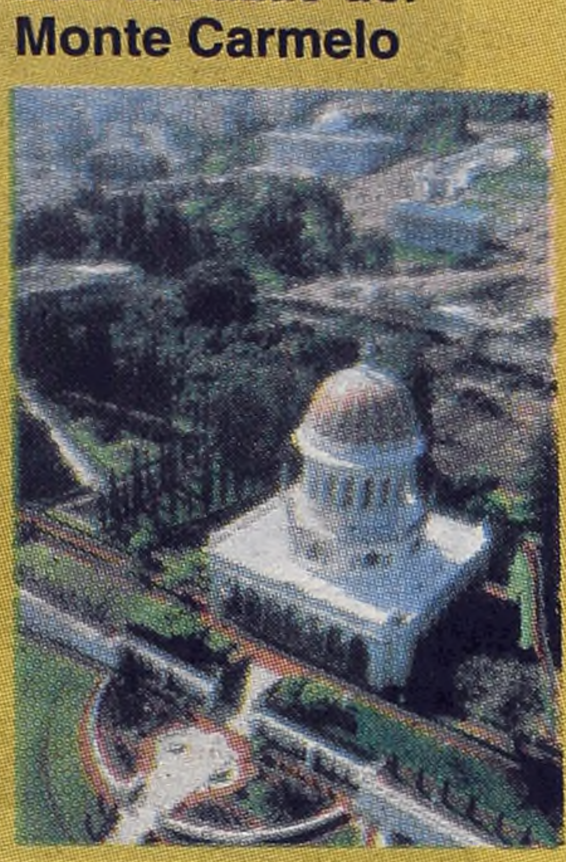
Frente a la Catedral, sobre la Pla de la Seu, tres uruguayos de caras pintadas entonan canciones murgueras.



Primera parada de la ruta gótica: El Palau de la Generalitat.

Noticiero

Las terrazas del Monte Carmelo



El próximo 22 de mayo, unas 4500 personas, de las que 3300 son bahá'ís, representantes de más de 200 países y territorios, se reunirán al pie del Monte Carmelo en Haifa, Israel, para asistir a la apertura de las Terrazas del Santuario del Báb, un proyecto que comenzó hace ya diez años y que ha transformado la árida y antigua cara de la montaña en 19 majestuosos jardines que bajan en terraplén por sus laderas. Fundada en 1844, la bahá'ís es la más reciente de las religiones monoteístas del mundo y tiene su sede en las ciudades gemelas de Acre y Haifa. Con la inauguración de estos jardines, se espera que el número de turistas que visitan Haifa se triplique en 1.2 millones anuales.


En lo alto de un cerro, los restos del Pucará de Tilcara.

POR JULIAN VARSAVSKY

La escena transcurre en otro planeta. Tras la huella de la camioneta han quedado pueblitos con cinco casas y una iglesia, y allí parece que termina el mundo. De pronto, pasando la Cuesta de Lipan, la Puna Sur se extiende sobre una planicie desértica totalmente blanca que se pierde en el infinito.

En las Salinas Grandes, a 3500 metros sobre el nivel del mar, no hay arbustos, ni siquiera una rama seca; solamente se vislumbra un suelo liso con resquebrajamientos en forma de pentágono de un metro por lado, que se reproducen con la exactitud matemática de una telaraña. La única excepción son unas misteriosas pirámides de sal acumulada por los trabajadores de la salina, que brillan con el sol. Difícilmente otro paisaje pueda transmitir mejor la idea de la nada absoluta; la dolorosa belleza del reino de la desolación.

Abandonamos el camino y nos internamos a baja velocidad hacia las profundidades de la salina, un valle de sal que parece no tener fin. Hacia el norte la mirada es infinita y se diluye en un horizonte blanco. En cambio, hacia el este y el oeste, la salina sí tiene fin, al pie de unas serranías que detienen la visión. El sol oblicuo del atardecer va tomando posición para un encuentro muy particular con la luna. No se trata de un simple y melancólico crepúsculo: es algo que ocurre cada 13 de agosto. Tras una montaña comienza a descender el sol de la siete, un globo rojizo que ya no enceguece. Enfrente, tras otra montaña, la luna asoma apenas la curva de su disco perfecto, y refleja hacia nosotros la luz del sol yaciente. Nuestra indiscreta presencia en medio de aquel gran anfiteatro blanco se ve conmovida en lo más íntimo. En cinco minutos el círculo de fuego hunde medio cuerpo en el ocaso, mientras la luna revela la mitad de su esfera radiante. La velada de los dioses dura unos instantes, tiempo en el que se pasan la posta para iluminar a los mortales. No llegan a verse entre sí de cuerpo entero, y el sol desaparece bajo una luminosidad roja, mientras la luna llena destella un color malva que se extiende por todo el cielo y desciende sobre la puna blanca... y sobre nosotros.

EL ARCO IRIS DE PURMAMARCA Tras una hilera de álamos, al costado de la Ruta 52, se vislumbra un arco iris de piedra; una montaña con franjas horizontales de mucho más de siete colores; rojo arcilla, violeta, rosa, verde claro, turquesa, amarillo, azufre, naranja, celeste, blanco, gris...

Los cerros jujeños deslumbran no sólo por su belleza sino también por la originalidad de sus colores, que hacen a estos paisajes únicos en el mundo. En semejante contexto está el poblado de Purmamarca, al pie del escarpado cerro Siete Colores. Sus callecitas de tierra suben a la montaña, y las casas de adobe parecen brotar de la tierra. Pareciera que el tiempo no roza este pueblo fundado en 1594. Unas veinte manzanas se arremolinan alrededor de una iglesia con techo de madera de cardón, construida en 1648. Del interior de un negocio fluye la aguda melodía de una baguala, ese canto anónimo de los valles inspirado en la pura soledad. En lo alto del cerro un cementerio de altura le otorga trascendencia a cada sosegado paso de los habitantes del pueblo, en su mayoría gente mayor.

Los turistas llegan por la mañana –hora ideal para fotografiar el cerro– y parten en una hora. Cuando se van, el pueblo queda casi desierto y recupera su serenidad. Pero en esa hora alterada, los purmamarqueños se vuelven esquivos, ya que generalmente los turistas les toman fotos mientras los atosigan con preguntas, sin esperar la meditada respuesta que viene detrás. En los pueblos de la Quebrada de Humahuaca la gente no grita; el silencio los acostumbra a hablar despacio, casi en susurros. La barrera de la timidez se levanta, justamente, cuando uno se acerca con timidez y les habla sin urgencia, evitando hacer demasiadas preguntas. Al entrar en confianza, quien antes se expresaba con monosílabos, es capaz de relatar su vida en un extenso monólogo. Es el caso del señor Aramayo Valdivieso, quien sale de la iglesia avanzando con pasos lentísimos y másde 90 años a cuestas. En el camino se detiene a observar un antiquísimo algarrobo y se muestra dispuesto a entablar conversación:

Un valle de sal de 2000 kilómetros cuadrados en la... un espejismo blanco en medio de la nada. En la Q... quedó anclado en el tiempo, a la sombra del cerro... indígena casi milenaria, el pueblo de Tilcara

El desierto blanco de las Salinas Grandes: un suelo resquebrajado con extrañas pirámides ...

JUJUY *Salinas Grand...*

El color c...

"Mi apellido es mitad quechua y mitad español", comenta haciendo una larga pausa antes de proseguir. Al rato ya habla solo, sin que se le pregunte, y cuenta que bajo la sombra del algarrobo de mil años bajo el cual estábamos parados, el cacique Diego Viltipoco y otros jefes indios se conjuraron para resistir al español, conformando un ejército de 10.000 guerreros. Una de las estrategias urdidas por el cacique fue simular una conversión al cristianismo para acercarse al enemigo y estudiarlo antes de atacar. Y fue también aquí, bajo el árbol, que Viltipoco fue sorprendido mientra... dormía, víctima de una traición. Así lo recuerda una placa al costad... del tronco.

POR LOS RECOVECOS DEL PUCARA Nos dirigimos por la Ruta 9 hacia el pueblo de Tilcara –la capital arqueológica del NOA– 30 kilómetros al sur de Purmamar...


La calle principal de Tilcara se tiende hacia la altísima cadena montañosa de color rosado.


En lo alto de un cerro, los restos del Pucará de Tilcara.

JUJUY *Salinas Grandes, Purmamarca y Tilcara*

El color de la Puna

Un valle de sal de 2000 kilómetros cuadrados en las alturas del sur de la Puna: son las Salinas Grandes, un espejismo blanco en medio de la nada. En la Quebrada de Humahuaca, el poblado de Purmamarca quedó anclado en el tiempo, a la sombra del cerro Siete Colores. Y a los pies del Pucará, una fortaleza indígena casi milenaria, el pueblo de Tilcara, centro arqueológico del noroeste argentino.

El desierto blanco de las Salinas Grandes: un suelo resquebrajado con extrañas pirámides de sal que brillan bajo el sol.

POR JULIAN VARSAVSKY

La escena transcurre en otro planeta. Tras la huella de la camioneta han quedado pueblitos con cinco casas y una iglesia, y allí parece que termina el mundo. De pronto, pasando la Cuesta de Lipan, la Puna Sur se extiende sobre una planicie desértica totalmente blanca que se pierde en el infinito.

En las Salinas Grandes, a 3500 metros sobre el nivel del mar, no hay arbustos, ni siquiera una rama seca; solamente se vislumbra un suelo liso con resquebrajamientos en forma de pentágono de un metro por lado, que se reproducen con la exactitud matemática de una telaraña. La única excepción son unas misteriosas pirámides de sal acumulada por los trabajadores de la salina, que brillan con el sol. Difícilmente otro paisaje pueda transmitir mejor la idea de la nada absoluta; la dolorosa belleza del reino de la desolación.

Abandonamos el camino y nos internamos a baja velocidad hacia las profundidades de la salina, un valle de sal que parece no tener fin. Hacia el norte la mirada es infinita y se diluye en un horizonte blanco. En cambio, hacia el este y el oeste, la salina sí tiene fin, al pie de unas serranías que detienen la visión. El sol oblicuo del atardecer va tomando posición para un encuentro muy particular con la luna. No se trata de un simple y melancólico crepúsculo: es algo que ocurre cada 13 de agosto. Tras una montaña comienza a descender el sol de las siete, un globo rojizo que ya no enceguece. Enfrente, tras otra montaña, la luna asoma apenas la curva de su disco perfecto, y refleja hacia nosotros la luz del sol yaciente. Nuestra indiscreta presencia en medio de aquel gran anfiteatro blanco se ve conmovida en lo más íntimo. En cinco minutos el círculo de fuego hunde medio cuerpo en el ocaso, mientras la luna revela la mitad de su esfera radiante. La velada de los dioses dura unos instantes, tiempo en el que se pasan la posta para iluminar a los mortales. No llegan a verse entre sí de cuerpo entero, y el sol desaparece bajo una luminosidad roja, mientras la luna llena destella un color malva que se extiende por todo el cielo y desciende sobre la puna blanca... y sobre nosotros.



EL ARCO IRIS DE PURMAMARCA Tras una hilera de álamos, al costado de la Ruta 52, se vislumbra un arco iris de piedra; una montaña con franjas horizontales de mucho más de siete colores; rojo arcilla, violeta, rosa, verde claro, turquesa, amarillo, azufre, naranja, celeste, blanco, gris...

Los cerros jujeños deslumbran no sólo por su belleza sino también por la originalidad de sus colores, que hacen a estos paisajes únicos en el mundo. En semejante contexto está el poblado de Purmamarca, al pie del escarpado cerro Siete Colores. Sus callecitas de tierra suben a la montaña, y las casas de adobe parecen brotar de la tierra. Pareciera que el tiempo no roza este pueblo fundado en 1594. Unas veinte manzanas se arremolinan alrededor de una iglesia con techo de madera de cardón, construida en 1648. Del interior de un negocio fluye la aguda melodía de una baguala, ese canto anónimo de los valles inspirado en la pura soledad. En lo alto del cerro un cementerio de altura le otorga trascendencia a cada sosegado paso de los habitantes del pueblo, en su mayoría gente mayor.

Los turistas llegan por la mañana –hora ideal para fotografiar el cerro– y parten en una hora. Cuando se van, el pueblo queda casi desierto y recupera su serenidad. Pero en esa hora alterada, los purmamarqueños se vuelven esquivos, ya que generalmente los turistas les toman fotos mientras los atosigan con preguntas, sin esperar la meditada respuesta que viene detrás. En los pueblos de la Quebrada de Humahuaca la gente no grita; el silencio los acostumbra a hablar despacio, casi en susurros. La barrera de la timidez se levanta, justamente, cuando uno se acerca con timidez y les habla sin urgencia, evitando hacer demasiadas preguntas. Al entrar en confianza, quien antes se expresaba con monosílabos, es capaz de relatar su vida en un extenso monólogo. Es el caso del señor Aramayo Valdivieso, quien sale de la iglesia avanzando con pasos lentísimos y másde 90 años a cuestas. En el camino se detiene a observar un antiquísimo algarrobo y se muestra dispuesto a entablar conversación:

"Mi apellido es mitad quechua y mitad español", comenta haciendo una larga pausa antes de proseguir. Al rato ya habla solo, sin que se le pregunte, y cuenta que bajo la sombra del algarrobo de mil años bajo el cual estábamos parados, el cacique Diego Viltipoco y otros jefes indios se conjuraron para resistir al español, conformando un ejército de 10.000 guerreros. Una de las estrategias urdidas por el cacique fue simular una conversión al cristianismo para acercarse al enemigo y estudiarlo antes de atacar. Y fue también aquí, bajo el árbol, que Viltipoco fue sorprendido mientras dormía, victima de una traición. Así lo recuerda una placa al costado del tronco.

POR LOS RECOVECOS DEL PUCARA Nos dirigimos por la Ruta 9 hacia el pueblo de Tilcara –la capital arqueológica del NOA–, 30 kilómetros al sur de Purmamarca. A cada lado de la carretera se levantan altísimas cadenas montañosas de colot rosado, con una extraña gama de vivos colores cerca de las cumbres, donde se descubren los primeros cardones.

Se ingresa al pueblo cruzando un puente sobre el río Grande. Gran parte de las casas son de adobe, y por sus calles empedradas sin autos corretean los chicos y las gallinas. Algunas llamas pastan en el patio de un hotel, y ciertas casas tienen una vitrina en el frente con una gran vasija indígena desenterrada en el lugar.

Una empinada calle con escalones conduce hasta lo alto de un cerro. Allí, entre cardones gruesos como el tronco de un árbol y casas de piedra, se capta un panorama de Tilcara donde sobresalen los campanarios amarillos de la iglesia de 1797. Y a un kilómetro del pueblo, también en las alturas de un cerro, se erigen los restos del Pucará de Tilcara, un asentamiento fortificado de antigüedad casi milenaria. Fue descubierto en 1908 por Juan Ambrosetti, y en 1948 se lo restauró parcialmente con un criterio muy discutido por los arqueólogos actuales.

Ingresar en los recintos cuadrangulares de este laberinto de muros y casas de piedra inspira un silencio reverencial. Este poblado fortificado, donde vivían unas dos mil personas, ocupaba 17.000 hectáreas. Algunas casas están reconstruidas y se ingresa en ellas por entradas muy bajas, agachando un poco el cuerpo. En su interior hay esculturas actuales que reproducen a indígenas omaguacas de tamaño natural. Uno podría pasarse horas recorriendo los recovecos del Pucará, o caminando entre los cardones con el pasto hasta las rodillas, sobre grandes piedras milenarias desperdigadas que alguna vez sirvieron para sostener los muros de una infranqueable fortaleza.

MAGIA EN TILCARA ¿Qué tiene Tilcara de especial? No se sabe, pero todos los sienten. Todos hablan de su magia, al margen de los delirios místicos de algún cultor porteño de la "new age" que vende "piedras rúnicas" en la plaza. Aquí el misticismo es cosa seria. Así como los ancestrales habitantes del Pucará no encontraban a Dios en el cielo sino en la tierra, los tilcareños siguen hoy ofrendando alimentos a la Madre Tierra en medio de emocionantes rituales. Tilcara yace sumisa a los pies de una fortaleza sagrada, la máxima expresión de los habitantes del Kollasuyo en la zona. Aquí, el peso de una cultura se nos viene encima, desde lo alto de una colina. No hay forma de escaparle.

Sandra Cartasso

La calle principal de Tilcara se tiende hacia la altísima cadena montañosa de color rosado.


Llamas de la Puna jujeña cruzan el camino que atraviesa su territorio.

CABALGATA EN TIRAXI

A 31 kilómetros de San Salvador, en una antigua estancia, se encuentra un caserío llamado Tiraxi. Desde allí parte una cabalgata por una zona de transición hacia la selva de Las Yungas. Se cabalga por una selva muy espesa, con troncos recubiertos de musgo, lianas y enredaderas. En el camino aparecen chanchos salvajes con sus crías, garzas con el pico alargado, halcones y ruidosos teros. Se asciende por empinados cerros y luego se atraviesa el curso de un arroyo, en medio de una quebrada. Tras la espesura aparece una refrescante catarata de 10 metros de altura. Al final del trayecto los peones de la estancia nos esperan con un humeante costillar de cabrito sobre una mesa de madera, a la sombra de un árbol.

DATOS UTILES

- Desde San Salvador de Jujuy parten micros muy económicos hacia toda la Quebrada de Humahuaca. Tilcara es el lugar ideal para utilizarla como base.
- Un paquete turístico de 3 días y 2 noches (aéreo aparte), incluyendo traslados y alojamiento en Purmamarca, un trekking por el Valle de los Colorados, la visita a Tilcara, mountain bike en Maimará, rappel y la excursión en 4x4 a las Salinas Grandes, cuesta $ 297 por persona, con pensión completa. Agencia de Viajes Marco Polo. Telefax 0388-423-0751 email: aventur@imagine.com.ar Sitio web: www.lanzadera.com/marcopoloadventures
- La cabalgata en Tiraxi se contrata en el complejo turístico El Refugio. Ruta 9 . Km.14 (pasando el puente de Yala). Tel.: 0388-4909344 e-mail: elrefugio@arnet.com.ar Se ofrecen otras excursiones de turismo alternativo.
- Informes: Secretaría de Turismo de San Salvador. Urquiza 354. Tel.:03884221326 e-mail: setjujuy@cootepal.com.ar

alturas del sur de la Puna: son las Salinas Grandes, ebrada de Humahuaca, el poblado de Purmamarca Siete Colores. Y a los pies del Pucará, una fortaleza centro arqueológico del noroeste argentino.


l que brillan bajo el sol.


Llamas de la Puna jujeña cruzan el camino que atraviesa su territorio.

Purmamarca y Tilcara

e la Puna

ca. A cada lado de la carretera se levantan altísimas cadenas montañosas de color rosado, con una extraña gama de vivos colores cerca de las cumbres, donde se descubren los primeros cardones.

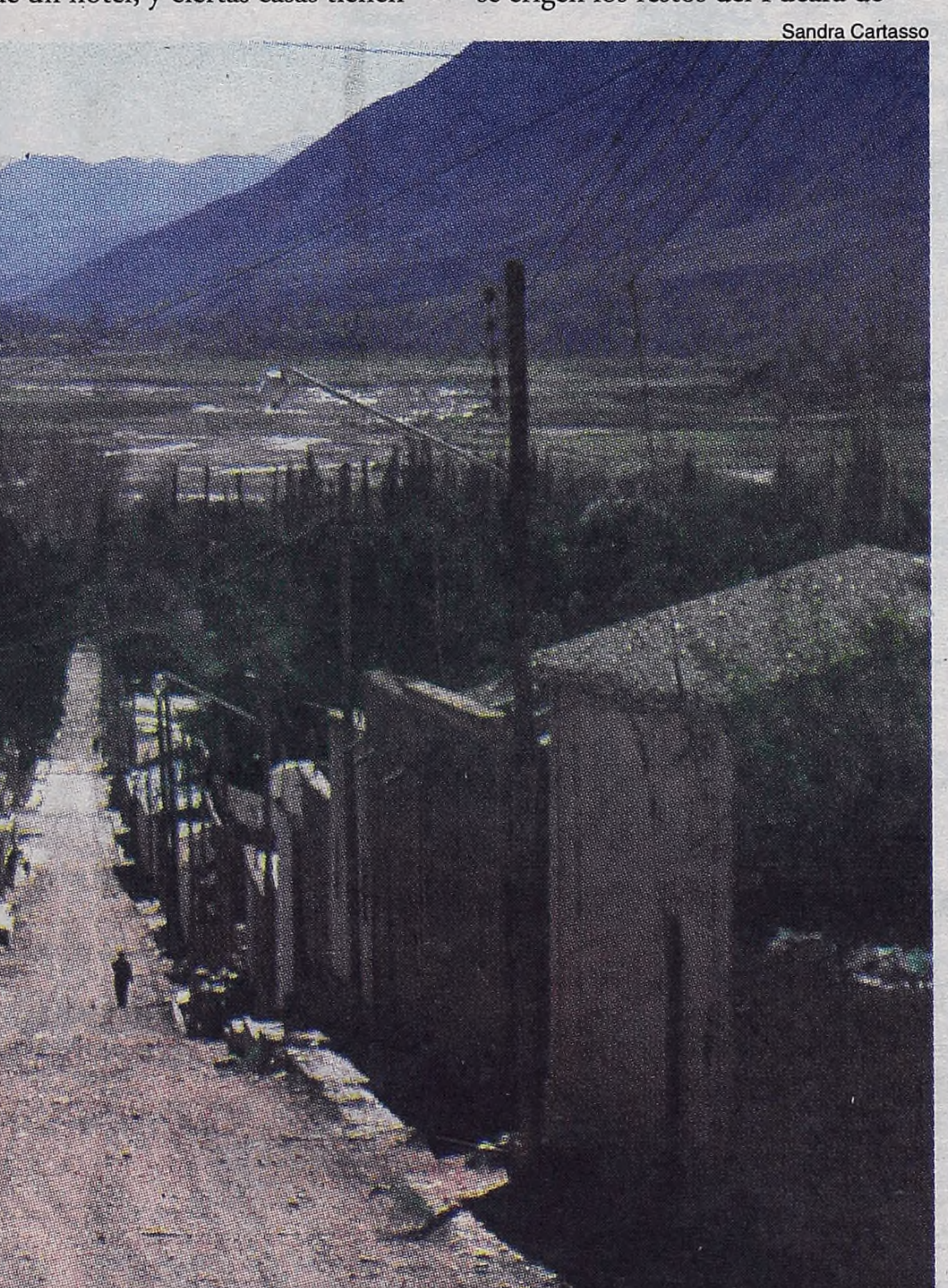
Se ingresa al pueblo cruzando un puente sobre el río Grande. Gran parte de las casas son de adobe, y por sus calles empedradas sin autos corretean los chicos y las gallinas. Algunas llamas pastan en el patio de un hotel, y ciertas casas tienen una vitrina en el frente con una gran vasija indígena desenterrada en el lugar.

Una empinada calle con escalones conduce hasta lo alto de un cerro. Allí, entre cardones gruesos como el tronco de un árbol y casas de piedra, se capta un panorama de Tilcara donde sobresalen los campanarios amarillos de la iglesia de 1797. Y a un kilómetro del pueblo, también en las alturas de un cerro, se erigen los restos del Pucará de Tilcara, un asentamiento fortificado de antigüedad casi milenaria. Fue descubierto en 1908 por Juan Ambrosetti, y en 1948 se lo restauró parcialmente con un criterio muy discutido por los arqueólogos actuales.

Ingresar en los recintos cuadrangulares de este laberinto de muros y casas de piedra inspira un silencio reverencial. Este poblado fortificado, donde vivían unas dos mil personas, ocupaba 17.000 hectáreas. Algunas casas están reconstruidas y se ingresa en ellas por entradas muy bajas, agachando un poco el cuerpo. En su interior hay esculturas actuales que reproducen a indígenas omaguacas de tamaño natural. Uno podría pasarse horas recorriendo los recovecos del Pucará, o caminando entre los cardones con el pasto hasta las rodillas, sobre grandes piedras milenarias desperdigadas que alguna vez sirvieron para sostener los muros de una infranqueable fortaleza.

MAGIA EN TILCARA ¿Qué tiene Tilcara de especial? No se sabe, pero todos los sienten. Todos hablan de su magia, al margen de los delirios místicos de algún cultor porteño de la "new age" que vende "piedras rúnicas" en la plaza. Aquí el misticismo es cosa seria. Así como los ancestrales habitantes del Pucará no encontraban a Dios en el cielo sino en la tierra, los tilcareños siguen hoy ofrendando alimentos a la Madre Tierra en medio de emocionantes rituales. Tilcara yace sumisa a los pies de una fortaleza sagrada, la máxima expresión de los habitantes del Kollasuyo en la zona. Aquí, el peso de una cultura se nos viene encima, desde lo alto de una colina. No hay forma de escaparle.

Sandra Cartasso



CABALGATA EN TIRAXI

A 31 kilómetros de San Salvador, en una antigua estancia, se encuentra un caserío llamado Tiraxi. Desde allí parte una cabalgata por una zona de transición hacia la selva de Las Yungas. Se cabalga por una selva muy espesa, con troncos recubiertos de musgo, lianas y enredaderas. En el camino aparecen chanchos salvajes con sus crías, garzas con el pico alargado, halcones y ruidosos teros. Se asciende por empinados cerros y luego se atraviesa el curso de un arroyo, en medio de una quebrada. Tras la espesura aparece una refrescante catarata de 10 metros de altura. Al final del trayecto los peones de la estancia nos esperan con un humeante costillar de cabrito sobre una mesa de madera, a la sombra de un árbol.

DATOS UTILES

- Desde San Salvador de Jujuy parten micros muy económicos hacia toda la Quebrada de Humahuaca. Tilcara es el lugar ideal para utilizarla como base.
- Un paquete turístico de 3 días y 2 noches (aéreo aparte), incluyendo traslados y alojamiento en Purmamarca, un trekking por el Valle de los Colorados, la visita a Tilcara, mountain bike en Maimará, rappel y la excursión en 4x4 a las Salinas Grandes, cuesta $ 297 por persona, con pensión completa. Agencia de Viajes Marco Polo. Telefax 0388-423-0751 email: aventur@imagine.com.ar Sitio web: www.lanzadera.com/marcopoloadventures
- La cabalgata en Tiraxi se contrata en el complejo turístico El Refugio. Ruta 9 . Km.14 (pasando el puente de Yala). Tel.: 0388-4909344 e-mail: elrefugio@arnet.com.ar Se ofrecen otras excursiones de turismo alternativo.
- Informes: Secretaría de Turismo de San Salvador. Urquiza 354. Tel.:03884221326 e-mail: setjujuy@cootepal.com.ar

TEXTO Y FOTOS
DE GRACIELA CUTULI

ISLANDIA *En el verano boreal*

Llegó el sol, apaguen la luz

Granjas tradicionales enterradas en el suelo, para combatir el frío. No cambiaron desde la época vikinga.

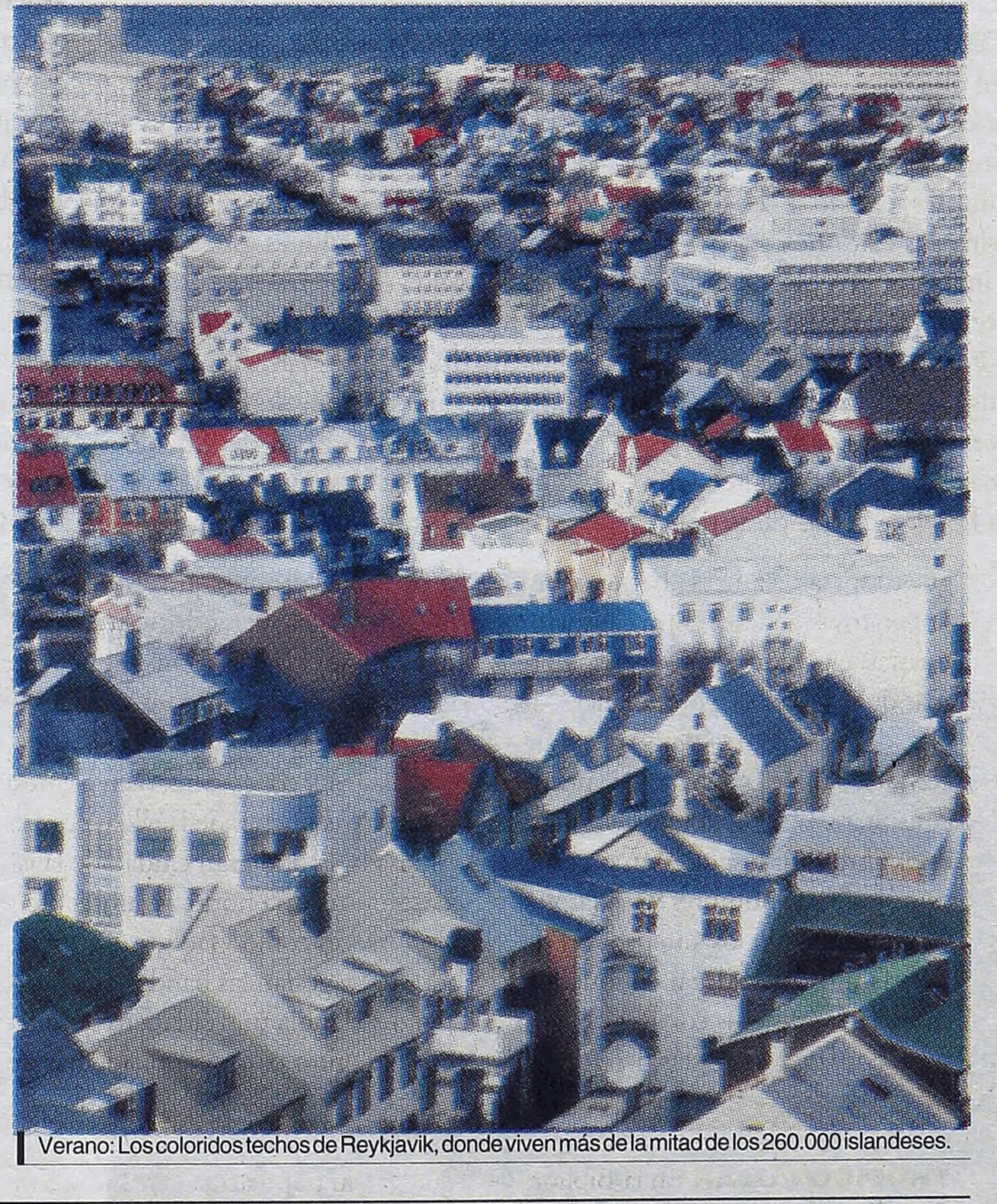
Son las dos de la mañana en Laugavegur, la principal calle comercial de Reykjavik, la capital de Islandia. A fines de mayo, todavía hay luz a esta hora, y desde junio hasta la mitad de julio no habrá realmente noche: es así que, después de pasar un largo invierno a oscuras y bajo la nieve, los islandeses parecen multiplicarse y la habitualmente pequeña y tranquila capital vive al ritmo de una gran metrópoli. Los bares están llenos a cualquier hora; las calles desbordan de autos que van y vienen, jóvenes que dan la "vuelta del vikingo" se visitan entre amigos antes de irse a tomar cerveza mientras se bañan desnudos en los canales que llevan el agua caliente a la ciudad, desde las entrañas mismas de la tierra. Al cruzar los campos de lava en sus modernos y aparatosos 4x4 japoneses, pasarán delante de los invernaderos donde se cultivan todo el año las bananas y rosas más boreales del planeta... y cada lugar les hará recordar de un pasaje de las antiguas sagas, escritas por poetas que eran también feroces guerreros.

ENTRE VIKINGOS Estas primeras imágenes valen para todo el resto del país. Islandia es así, una nación occidental donde encontramos todos los gestos y los reflejos que inculcó esta civilización, pero acomodados a una tierra insólita, como surgida de un manual de geología y de una historia que empezó con los temibles vikingos, hace un poco más de 1100 años. En Islandia se solucionó desde hace tiempo el dilema que hoy preocupa a Europa: vivir bajo un *way of life* bien norteamericano, pero conservando intactos un idioma y las tradiciones culturales que se encuentran entre las más antiguas del continente europeo. En realidad, desde la instalación a fines de la última guerra mundial de la base norteamericana de Keflavik, cerca del único aeropuerto internacional del país, se vivió entre los islandeses un curioso proceso: integrar lo esencial de la cultura norteamericana y vivir en un nivel de vida aun superior a los norteamerica-

Islandia es uno de los destinos más curiosos que puede ofrecer nuestro planeta. A medida que se acerca el verano boreal, cede el frío polar y esta isla en el extremo norte del mundo se prepara para vivir un día permanente.



Invierno: Laugavegur, la principal calle del centro de la capital.



Verano: Los coloridos techos de Reykjavik, donde viven más de la mitad de los 260.000 islandeses.

ABRAN EL MANUAL

Islandia es un verdadero curso de geología. Es una de las tierras más jóvenes del planeta (una de sus islas nació literalmente en los años 60, cuando un volcán surgió del mar y formó una nueva tierra). La actividad volcánica es muy importante y las erupciones se repiten con frecuencia. La más mediática ocurrió en los años 70 en la isla sureña de Westmann, cuando se tuvo que evacuar en una sola noche a más de 3000 personas que vivían en la isla, sin sufrir un solo accidente menor.

También hay numerosas solfataras, pozos donde se "cocinan" mezclas de rocas en fusión. En cuanto a los géiseres, son una de las principales atracciones de Islandia. La palabra pasó a todos los idiomas por el nombre del lugar, Geysir, donde está el más famoso géiser de la isla, el Strokkur, que escupe agua hirviendo a varias decenas de metros de altura. Ultimamente el Strokkur ("robusto", en islandés) está cansado y hay que volcar jabón en polvo en el pozo para hacerlo escupir. Se hace cada tanto, y la noticia es difundida por la radio para que nadie se pierda el espectáculo.

El chorro de agua hirviendo brota de uno de los géiseres de Islandia.

nos, con mayores ingresos que ellos y mucho mejor distribuidos, pero rechazando todo contacto directo con esos yanquis que se instalaron en la base militar y que no son todavía, después de medio siglo, persona grata pasado el recinto de la base. Es que, sin duda, los islandeses desconfían de cualquier intromisión extranjera. Además de padecer la dominación de los daneses por más de cinco siglos, lo que ellos llaman su Gran Noche, tuvieron que sortear el proyecto de comerciantes alemanes de la Liga Hanseática que quisieron a fines del Medioevo comprar la isla y deportar a todos sus habitantes...

En Islandia, la historia nunca está lejos, ni siquiera en los desiertos. Desde hace más de un milenio, cada hecho, cada familia, está consignada en libros, y por lo tanto es muy fácil saber qué pasó en cada lugar del país en cualquier momento de la historia, inclusо antes del año 1000. Si se consigue traspasar la amable barrera que ponen los islandeses entre ellos y los turistas, en alguno de los varios idiomas que la gran mayoría maneja –inglés, danés o alemán y poco de francés, sueco o hasta italiano– se pueden consultar en las bibliotecas familiares estos libros gordos, que son una sucesión sin fin de nombres y fechas y van remontando los antepasados de cada familia hasta llegar en muchos casos a los primeros colonos noruegos que abordaron las costas desérticas de Islandia entre los años 880 y 980.

TROPICO POLAR En la Biblioteca Nacional de Reykjavik se encuentra el principal orgullo de la historia islandesa: algunos manuscritos de las sagas. Durante mucho tiempo estuvieron en Dinamarca, adonde un letrado islandés los había llevado para salvarlos del olvido en el siglo XVIII. El día en que ese país los devolvió a Islandia, se realizó una gran fiesta nacional de varios días de eventos y festejos. En este país donde la tasa de libros impresos y diarios leídos es la más alta del planeta, no es extraño que las grandes fiestas populares tengan bases literarias y culturales, aun si conviven con las prosaicas borracheras del sábado a lanoche, otro de los "festejos" típicamente escandinavos, que llevó a Islandia, Noruega, Suecia y Finlandia a fijar un estricto control sobre la venta de bebidas alcohólicas, en negocios manejados por un monopolio estatal. Tanto, que otro evento que dio origen a grandes festejos populares fue la legalización de la cerveza en los bares en los años 90, después de varias décadas de prohibición.

Entre una cosa y otra, bien alegres resultan las noches de Reykjavik y de Akureyri, la otra gran ciudad de la isla, sobre la costa norte. El ambiente en los bares como Gaukur A Stöng (donde se gestan las bandas que hacen de Islandia un verdadero semillero de talentos para el pop; además de Sugarcubes están actualmente las bandas SigurRós, Gus Gus o Unun que ganan popularidad en Europa y Estados Unidos) está en las antípodas del clima que puede hacer puertas afuera. Incluso en pleno verano las temperaturas máximas no pasan de los 15 grados...

Sin embargo, es muy fácil olvidarlo. Sobre la ruta 1, la única del país que está asfaltada y que circunvala toda la isla, tomando la dirección al este de Reykjavik se llega a Hveragerdi, un pequeño pueblo al borde de un desierto de lava. En el centro, se levanta un gran centro de compras mantenido a temperatura tropical: allí, a despecho de la nieve y el viento que sopla afuera, surgen fuentes que riegan plantas tropicales, entre ellas las famosas bananas. Como para no olvidarse, sin embargo, de que el calor no pasa de la puerta, es un excelente lugar para comprar los famosos pulóveres islandeses, muy pero muy calientes.

Y si se quiere seguir rumbo al sur de Reykjavik, para comprobar una vez más que el trópico existe bajo el círculo polar, el lugar ideal es Blue Lagoon, un pequeño balneario al aire libre. Se pueden tomar baños en un agua que supera naturalmente los 40 grados y que brota de una central de procesamiento térmico gracias a la cual se calefaccionan las casas de la región. El azul intenso del agua se aprecia más en verano, cuando no hay tanta condensación y vapor por la diferencia de temperatura entre el líquido y el aire exterior. Pero en invierno, es una experiencia inolvidable tomar un baño en el lago más boreal del planeta, el cuerpo caliente y la cabeza bajo una tormenta de nieve... Para reemplazar al champagne está la bebida nacional, el brennivin, un alcohol de vikingo que permitirá olvidarse radicalmente del frío. En islandés, "Salud" se dice "Skál!".



Icelandair es la línea de bandera de Islandia. Sus oficinas funcionan también como centros de información turística sobre el país. En Buenos Aires, su representación está en Reconquista 341, piso 6.

Internet: Para preparar un viaje a Islandia, con posibilidad de reservar autos y hoteles: www.icelandtotal.com

Y el sitio oficial de Islandia para saber más sobre el país y sus atractivos turísticos: www.IcelandTouristBoard.com

Noticiero

En la Córdoba de España

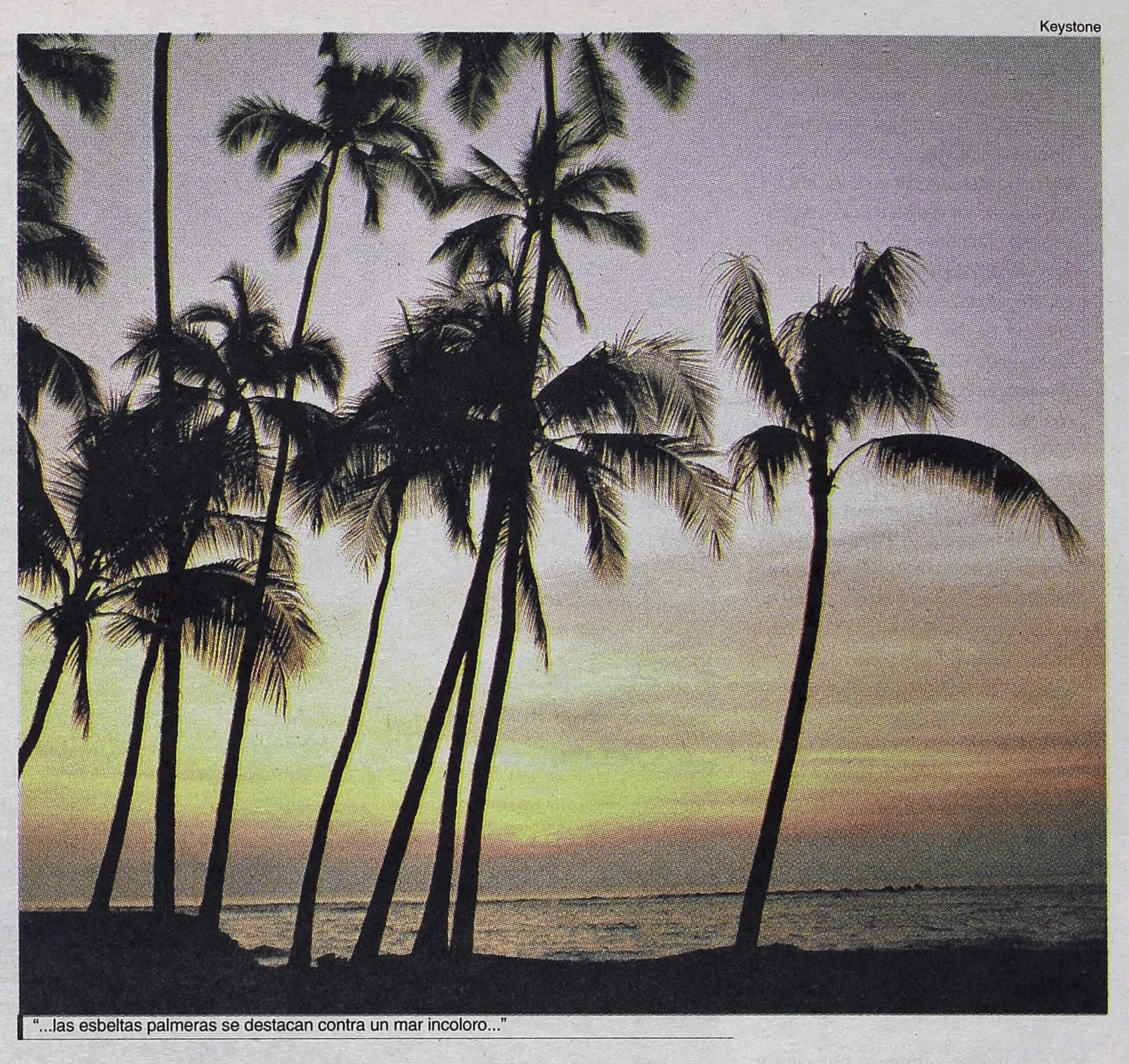
Hasta el 30 setiembre de 2001 la Junta de Andalucía presenta en la ciudad califal de Madinat al-Zahra la exposición "El esplendor de los Omeyas Cordobés. La civilización musulmana de Europa Occidental". Esta muestra es una invitación a conocer al-Andalus, las artes, la filosofía y la vida intelectual que floreció en la Córdoba Omeya durante los siglos VII al XI. Arquitectos, artesanos, orfebres y artistas de todo género crearon obras y estilos que aún hoy permanecen en los gustos y costumbres de muchos lugares, formando parte de la historia de España. Esta exposición aumenta el atractivo de un viaje a la región de Andalucía, donde existe la posibilidad de alojarse en un lugar como el Parador de la Arruzafa, cuyo edificio fue construido en la primitiva finca de al-Rusafa, y que tiene una larga historia. Cuando Abd Al-Rahman I se instaló en Córdoba, no lo hizo en el núcleo urbano, sino que prefirió residir en la cercana Sierra, y para ello eligió la finca de al-Rusafa, a la que rodeó de bellos jardines. La residencia califal fue incendiada y demolida en el año 1010 y quedaron pocos vestigios de su arquitectura. En 1416, un fraile franciscano fundó allí un convento, que se llamó "San Francisco de la Arruzafa". En el siglo XIX fue parador rural, pero recién en la década del 50 se incorporó a la Red de Paradores de España. Informes en Buenos Aires: 4393-0188. E-mail: representaciones@sentinelreps.com.ar

POR MARGARET MEAD *

La vida del día comienza al amanecer; pero si ha habido luna hasta el alba, los gritos de los jóvenes en la ladera pueden oírse ya antes de la aurora. Inquietos en la noche poblada de espíritus, se gritan fuertemente uno al otro mientras apresuran su trabajo. Cuando el amanecer comienza a filtrarse entre los techos castaño claro y las esbeltas palmeras se destacan contra un mar incoloro, centelleantes, los amantes se deslizan hacia sus hogares, desde los lugares de cita ubicados bajo las palmeras o a la sombra de las canoas varadas en la playa, a fin de que la luz del día encuentre a cada uno durmiendo en el sitio que le corresponde. Los gallos cantan aisladamente y un pájaro de voz aguda chilla desde los árboles del pan. Parecen poner sordina al insistente estruendo del arrecife los sonidos de una aldea que despierta. Los niños lloran: unos cuantos gemidos cortos antes que las soñolientas madres los amamanten. Niñitos impacientes se desembarazan de sus sábanas y bajan amodorrados hasta la playa para refrescarse la cara en el mar. Los muchachos, entregados a una temprana pesca, empiezan a juntar sus avíos y van a despertar a sus compañeros más perezosos. Se encienden lumbres, aquí y allá; el humo blanco resulta apenas visible contra la palidez del alba. Toda la aldea, amortajada y desaliñada, rebulle, se frota los ojos y se encamina tambaleante hacia la playa. "¡Talofa, Talofa! ¿Comenzará hoy el viaje? ¿Va vuecencia a pescar bonitos?" (...)

A mediados de 1925, la norteamericana Margaret Mead inició su primera estadía en la breve isla de Tau, archipiélago de Manu'a, Samoa, en el Pacífico. Lugar paradisíaco, fue sucesivamente escenario bélico y edén turístico. Desde el amanecer hasta el fin del día, el testimonio de la antropóloga sobre la vida de los samoanos en esos tiempos.

Keystone



"...las esbeltas palmeras se destacan contra un mar incoloro..."

LECTURAS *Margaret Mead en el Pacífico Sur*

Un día en Samoa

Los pobres murmuran sus ruegos a los parientes ricos, los hombres trazan planes para echar juntos una red de pesca, una mujer pide una pizca de tintura amarilla a una parienta, y a través de la aldea suena el rítmico *tatú* que convoca a los jóvenes. Se reúnen desde todas partes con azadones en la mano, listos para enfilar tierra adentro, hacia la plantación. Los hombres más viejos inician sus solitarias ocupaciones y en cada casa los habitantes, congregados bajo el puntiagudo techo, dan principio a la rutina matinal. Los pequeños, demasiado hambrientos para esperar el tardío desayuno, piden terrones de taro frío que mascan vorazmente. Las mujeres llevan líos de ropa para lavar al mar o al manantial del extremo lejano de la aldea, o se dirigen al interior en busca de materiales para tejer. Las muchachas mayores van a pescar al arrecife o se ponen a tejer un nuevo surtido de persianas.

En las casas, donde los pisos de guijarros han sido barridos con una dura escoba de mango largo, las mujeres grávidas y las madres que amamantan se sientan y chismean. Los ancianos se ubican aparte, entrelazando sin cesar vainas de palma en sus muslos desnudos y musitando viejos cuentos en voz baja. Los carpinteros comienzan a trabajar en la casa nueva, mientras el propietario ronda tratando de mantenerlos de buen humor. Las familias que cocinarán hoy, trabajan con ahínco; el taro, los ñames y las bananas ya han sido traídos de tierra adentro; los niños echan a correr de uno a otro lado, yendo a buscar agua del mar u hojas para engordar el cerdo. A medida que el sol va ascendiendo en el cielo, las sombras profundizan bajo los techos de barba, la arena quema al tacto, las flores de hibisco se marchitan en los setos y los niños ordenan a los más pequeños: "Sal del sol". Aquellos cuyas excursiones han sido breves regresan a la aldea: las mujeres con ristras de medusas carmesíes o cestas de mariscos, los hombres con cocos colocados en cestas colgadas de varas que apoyan en el hombro. Mujeres y niños toman su desayuno recién salido del horno, si es día de cocina, y los jóvenes, bajo el calor del mediodía, trabajan rápidamente en la preparación del almuerzo para los mayores.

Mediodía. Cuando la arena les quema los pies, los pequeños dejan que las pelotas de hojas de palmera y las ruedas de capullos de franchipán se marchiten al sol, y se deslizan hacia la sombra de las casas. Las mujeres que deben salir llevan grandes hojas de banana a modo de sombrillas o se arrollan géneros mojados alrededor de la cabeza. Tras bajar unas cuantas persianas como protección contra los oblicuos rayos del sol, todos los que quedan en la aldea envuelven sus cabezas con sábanas y van a dormir la siesta. Quizá sólo unos pocos chicos aventureros se escapen a nadar a lasombra de una alta roca; algunas mujeres laboriosas continúan su tejido o un apretado grupito de ellas se inclina ansiosamente sobre una parturienta. La aldea está encandilaba y muerta; cualquier ruido parece singularmente fuerte e impropio. Las palabras tienen que atravesar lentamente el sólido calor. Luego el sol, gradualmente, se hunde en el mar.

Por segunda vez en el día la gente comienza a despertarse, movida quizá por el grito de "¡un bote!" que resuena a través de la aldea. Los pescadores varan sus canoas, fatigados y consumidos por el calor, a pesar de la cal apagada puesta sobre sus cabezas para refrescarse el cráneo y teñirse de rojo el cabello. Los peces de brillantes colores quedan desparramados por el suelo o apilados frente a las casas hasta que las mujeres vierten agua sobre ellos para liberarlos del tabú. Los jóvenes pescadores separan pesarosos el "pez tabú" que debe ser enviado al jefe o llenan orgullosamente las pequeñas cestas de hojas de palmera con ofrendas de pescado que llevarán a sus novias. Los hombres vuelven a sus casas desde la manigua, sucios y cargados pesadamente, gritando, mientras son saludados con sonora y creciente cadencia por los que han permanecido en el hogar. Se reúnen en la casa de huéspedes para beber su *kava* del atardecer. El suave golpear de manos y el tono agudo del *jefe hablante* que sirve el *kava* repercuten en toda la aldea. Las muchachas recogen flores que tejen en guirnaldas; los niños soñolientos, aun tras la siesta y sin obligación de realizar ninguna tarea particular, realizan juegos circulares en la penumbra del atardecer. Finalmente se pone el sol, en una llamarada que se extiende desde la montaña hasta el horizonte, sobre el mar; el último bañista retorna de la playa, los chicos se dispersan hacia sus casas, que parecen oscuras figuritas grabadas contra el cielo; brillan luces en los hogares y cada familia se reúne para la comida del atardecer. (...)

Después de la cena, los ancianos y los pequeñuelos se retiran a dormir. Si la gente joven tiene convidados, dispone de la parte delantera de la casa, porque el día es adecuado para los consejos de los viejos y las tareas de los jóvenes y la noche para cosas más ligeras. (...) Si hay luna, grupos de jóvenes, mujeres y hombres –dos o tres juntos– vagan por la aldea y una multitud de niños andan a la caza de cangrejos de tierra o se persiguen unos a otros entre los árboles del pan. Media aldea puede ir a pescar a la luz de las antorchas, y el curvo arrecife fulgurará con luminosidad vacilante, resonará con exclamaciones de triunfo o desilusión, palabras burlonas o sofocados gritos de modestia ultrajada. O un grupo de jóvenes puede bailar para placer de algunas muchachas visitantes. Muchos de los que se han retirado a dormir, atraídos por la alegre música, se envolverán con las sábanas y saldrán en busca del baile. Una muchedumbre espectral vestida de blanco forma un círculo en torno de la casa jubilosamente iluminada; algunos de sus componentes se apartarán de vez en cuando y vagarán entre los árboles. A veces no descenderá el sueño sobre la aldea hasta bien pasada la medianoche; por último queda sólo el melodioso tronar del arrecife y el susurro de los amantes, mientras la aldea descansa hasta el amanecer.

Con pareo y collares, Margaret Mead y una joven samoana, en la isla del Pacífico.

* Adolescencia, sexo y cultura en Samoa *(1928), Ed. Planeta Agostini, Barcelona, 1984.*